

MEDITACION SOBRE EL MISTERIO DE MARIA

JOHN HENRY NEWMAN

(Traducción de José Morales)

*Publicamos a continuación, bajo un título común, la versión castellana de dos textos centrales para la mariología de Newman. Figuran ambos en el volumen **Discourses to Mixed Congregations** (nn. 17 y 18), escrito y publicado en 1849.*

I. Los privilegios de María

La coherencia misteriosa de Dios en sus obras

Sabemos que en el mundo natural nada hay superfluo, incompleto o independiente, sino que unas partes responden a otras y que todos los detalles se combinan para formar un estupendo conjunto. El orden y la armonía se encuentran entre las primeras perfecciones de la Creación visible y cuanto más la examinamos más amplia y detalladamente encontramos que esas perfecciones le pertenecen.

«Todas las cosas hizo de dos en dos, una frente a otra, y nada ha hecho defectuoso» (cfr Eccli XLII, 25). Característica definición de «los cielos y la tierra», en contraste con el vacío y el caos que los precedieron, es que todo está ahora sujeto a leyes fijas, de modo que todo movimiento, influencia y efecto pueden ser explicados y si nuestro saber fuera suficiente podrían ser previstos.

Pero también es cierto que sólo proporcionalmente a nuestra observación se nos descubre esta verdad. Pues aunque un cierto número de cosas se ven a primera vista discurrir según un orden, en

otros casos, sin embargo, la ley que las regula se aprecia con dificultad. Así las palabras «casualidad», «azar» y «fortuna» han venido a usarse como expresiones de nuestra ignorancia.

De acuerdo con esto, es posible imaginarse a mentes precipitadas e irreligiosas, ocupadas día tras día en asuntos banales, mirando de repente a los cielos o a la tierra y criticando al gran Arquitecto con el argumento de que hay criaturas defectuosas y haciendo preguntas que sólo manifiestan su carencia de sentido común.

Ocurre lo mismo en relación con el mundo sobrenatural. Las grandes verdades de la Revelación se encuentran todas conexas y forman un conjunto. Cualquiera puede verlo, en cierta medida, incluso a simple vista. Pero captar la entera trabazón y armonía de la doctrina católica exige estudio y meditación. De aquí que, así como los filósofos y hombres de ciencia se encierran en museos y laboratorios, descienden a yacimientos o vagan entre bosques o por las orillas del mar, quien investiga en las verdades cristianas se ocupa frecuentemente en la oración, recoge sus pensamientos, se detiene en las ideas de Jesús, María, la gracia y la eternidad y pondera las palabras de hombres santos que le han precedido, hasta que aparece ante su mirada interior la sabiduría escondida de lo perfecto que Dios revela por medio de su Espíritu.

Lo mismo que hombres ignorantes pueden discutir la belleza y perfección de la Creación visible, así también hombres que están absorbidos durante seis días de la semana por el quehacer mundano, que viven para la riqueza, la fama o el saber y conceden sólo sus momentos de ocio al pensamiento de la religión, que nunca elevan sus almas a Dios, nunca piden su gracia, nunca someten sus corazones y cuerpos, nunca contemplan seriamente las cosas de la fe, sino que juzgan rápida y sumariamente según sus opiniones particulares o el humor del momento: tales hombres, digo, pueden igualmente asombrarse con facilidad y estremecerse ante porciones de la verdad revelada, como si fueran extrañas, duras o incoherentes y rechazarlas en todo o en parte.

Voy a aplicar esta consideración al tema de las prerrogativas que la Iglesia atribuye a la Bienaventurada Madre de Dios. Son asombrosas y difíciles para aquellos cuya imaginación no las frecuenta y cuya razón no ha pensado en ellas. Pero cuanto más cuidadosa y religiosamente se las considera, más esenciales aparecen a la fe católica y más formando un todo con la adoración de Cristo. Este es el punto en el que insistiré, discutible en verdad para los que son ajenos a la Iglesia y clarísimo para sus hijos, a saber, que los privilegios de María miran a Jesús y que nosotros la alabamos y bendecimos como

la primera de las criaturas, a fin de confesarle a El debidamente como nuestro único Creador.

Jesucristo, verdadero Hijo de María

Cuando la Palabra eterna decretó venir a la tierra, no pensó, no actuó a medias, sino que vino para ser un hombre como cualquiera de nosotros, a tomar alma y cuerpo humanos y hacerlos suyos. No vino en mera apariencia o en figura pasajera, como los ángeles se manifiestan a los hombres. Tampoco se limitó a descender sobre un hombre ya existente —como hace con sus santos— y llamarle con el nombre de Dios, sino que «se hizo carne». Vinculó a Sí mismo una humanidad y se hizo tan real y verdaderamente hombre como era Dios, de modo que a partir de entonces fue a la vez Dios y hombre, o dicho con otras palabras, fue Una Persona en dos naturalezas, divina y humana.

Esto es un misterio tan maravilloso y difícil que sólo la fe puede recibirlo con firmeza. El hombre natural puede recibirlo por un tiempo, puede pensar que lo acepta, pero en realidad no lo ha recibido, y tan pronto como lo ha profesado comienza interiormente a rebelarse y a evadirlo. Ha hecho esto desde el principio. Incluso en vida del discípulo amado se alzaron hombres que afirmaban que nuestro Señor no tenía cuerpo alguno, o que poseía un cuerpo hecho en los cielos, o que no era capaz de sufrir y otro sufría en lugar suyo, o que tuvo sólo por un tiempo la forma humana con la que nació y sufrió, que le habría venido en el bautismo y dejado antes de la crucifixión, o que fue un mero hombre. Que «en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (cfr Ioan I, 1 s.) era algo demasiado duro para una razón no regenerada e iluminada por la gracia.

Hoy ocurre lo mismo. Los simples protestantes tienen raramente una percepción real de la doctrina de Dios y hombre en una Persona. Hablan de forma vaga y oscura sobre la Divinidad de Cristo. Pero cuando se analiza su mente al respecto se les encuentra muy lentos en comprometerse con cualquier afirmación que exprese suficientemente el dogma católico.

Dirán enseguida que no es un tema para ser investigado, porque es imposible del todo investigarlo sin pasarse de sutil. Luego, cuando comentan los Evangelios, hablarán de Cristo no simple y coherentemente como Dios, sino como un ser hecho de Dios y hombre, parte de uno y parte de otro, o en medio de los dos, o como un hombre en quien habita una especial presencia divina. A veces llegan

hasta negar que fue en el cielo Hijo de Dios, afirmando que fue hecho Hijo al ser concebido por el Espíritu Santo.

Se asombran, pensando que asombrarse es signo de reverencia y buen sentido, cuando oyen hablar del Hombre sencilla y llanamente como Dios. No pueden sufrir que se diga, salvo como figura o modo de hablar, que Dios tenía cuerpo humano o que Dios sufrió. Piensan que la «Expiación» y la «Santificación mediante el Espíritu», como dicen, es el compendio y sustancia del Evangelio y se retraen de toda expresión dogmática que las sobrepase.

Este es, a mi juicio, el tipo corriente de las nociones protestantes entre nosotros acerca de la Divinidad de Cristo, tanto entre miembros de la comunión anglicana como entre los separados de ella, excepto un pequeño número.

La maternidad de María, protección de la unidad divino-humana de Cristo

Ahora bien, si se alza un testimonio contra estas opiniones no cristianas, si se expresa claramente y por encima de error y equívoco la sencilla idea de la Iglesia católica de que Dios es hombre, ¿podría hacerse mejor que diciendo, con palabras de san Juan, que «Dios se hizo hombre»?

¿Y podría expresarse esto más enfática e inequívocamente que declarando que El *nació* como hombre, o que tuvo una *Madre*? El mundo admite que Dios *es* hombre. Es una admisión que le cuesta poco, porque Dios está en todas partes y —por así decir— es todo. Pero se resiste a confesar que Dios es el Hijo de María. Se resiste porque se ve inmediatamente ante un hecho ineludible que viola y destruye su propia visión incrédula de las cosas. La doctrina revelada toma de repente su forma auténtica y recibe histórica realidad, y el Todopoderoso se introduce en su propio mundo en un cierto momento y de un modo concreto. Los sueños se destruyen y las sombras se alejan. La verdad divina ya no es por más tiempo expresión poética, exageración devota, economía mística o representación mítica.

«Sacrificio y ofrenda» —las sombras de la Ley— «no has querido, sino que me has dado un cuerpo» (cfr Hebr X,5). «Lo que fue desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han tocado; «lo que hemos visto y oído, esto os anunciamos» (cfr I Ioan I, 1,3). Tal es el testimonio del apóstol, en oposición a aquellos «espíritus» que negaban que «Jesucristo había aparecido en la carne» y que le «disolvían», al negar su naturaleza humana o su naturaleza divina.

La confesión de que María es *Deipara*, o Madre de Dios, es la salvaguarda con la que sellamos y aseguramos de toda evasión la doctrina del apóstol y el *test* con el que detectamos todas las falsedades de aquellos malos espíritus «del Anticristo, que han entrado en el mundo». Tal confesión declara que El es Dios, implica que es un hombre, nos sugiere que sigue siendo Dios, aunque se ha hecho hombre y que es verdadero hombre, aunque es Dios.

Al testimoniar el *proceso* de la unión, asegura la realidad de los dos *sujetos* de esa unión, de la Divinidad y de la Humanidad. Si María es la Madre de Dios, se sobreentiende que Cristo es Emmanuel, Dios con nosotros. Fue por eso que, cuando pasó el tiempo y los malos espíritus y falsos profetas se hicieron más fuertes y audaces y se alojaron en el mismo cuerpo católico, la Iglesia, guiada por Dios, no pudo encontrar camino más eficaz y seguro para expulsarles que el de usar esta palabra —*Deipara*— contra ellos.

Cuando los herejes emergieron nuevamente en el siglo XVI y planearon la aniquilación de la fe cristiana, no encontraron expediente más eficaz para su propósito que el de criticar e insultar los privilegios de María, pues sabían con plena certeza que si podían lograr que el mundo deshonrara a la Madre, seguiría pronto la deshonra del Hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en que Hijo y Madre van juntos. La experiencia de tres siglos ha confirmado su testimonio. Pues los católicos, que han honrado a la Madre, adoran todavía al Hijo, mientras que los protestantes, que han cesado ahora de confesar al Hijo, comenzaron entonces burlándose de la Madre.

Conexión de verdades

Veis, hermanos míos, en este punto, la armoniosa coherencia de la doctrina revelada y la repercusión de una verdad sobre la otra. María es exaltada en beneficio de Jesús. Era conveniente que ella, siendo una criatura, aunque la primera de entre todas, desempeñara un papel de servicio. Ella, como otros, vino al mundo para realizar una obra. Tenía una misión que cumplir. Su gracia y su gloria no existen a causa de ella misma, sino para su Creador, y a ella se confió la custodia de la Encarnación. Esta es la tarea que le está encomendada: «una Virgen concebirá y parirá un Hijo, al que llamarán por nombre Emmanuel» (cfr Isai VII, 14).

Así como Ella estuvo en la tierra y fue personalmente custodia de su divino Hijo, llevándolo en su seno, cubriéndolo en su abrazo y alimentándolo con su pecho, lo mismo ahora y hasta la última hora de la Iglesia, sus privilegios y la devoción a ella debida proclaman y definen la recta fe acerca de El como Dios y como Hombre.

Toda iglesia dedicada a ella, todo altar levantado bajo su invocación, toda imagen que la representa, toda letanía en su alabanza, toda *Ave María* para su continuo recuerdo, no hacen sino traernos a la memoria a Quien, siendo bendito desde toda la eternidad, «no despreció las entrañas de una Virgen», en beneficio de los pecadores. Por eso, ella es *Turrís Davidica*, la Torre de David, como la Iglesia la llama. Es la alta y fuerte defensa del Rey del verdadero Israel y por eso la Iglesia dice también de Ella en la Antífona, que «destruyó sola todas las herejías en el mundo entero».

Aquí, hermanos míos, viene a nosotros un nuevo pensamiento, que se encuentra implícito en lo que ha sido dicho. Si la *Deipara* debe dar testimonio del Emmanuel, ha de ser necesariamente más que *Deipara*. Pues tened en cuenta que una defensa debe ser fuerte para ser realmente una defensa. Una torre debe construirse con bastiones, como la torre de David. No habría bastado, para traer a nuestra mente la idea de que Dios es hombre, que su Madre fuera una criatura corriente.

Una madre sin lograr en la Iglesia, sin dignidad, sin dones singulares, no habría sido en absoluto una madre por lo que respecta a la defensa de la Encarnación. No habría permanecido en la memoria ni en la imaginación de los hombres. Si ha de testificar y recordar a todos que el Verbo de Dios se ha hecho hombre, debe ser colocada en una situación alta y eminente. Debe inundar la mente para sugerir esta enseñanza. Sólo cuando haya atraído nuestra atención y no antes, podrá comenzar a predicarnos a Jesús.

¿Por qué debe tener tales prerrogativas —preguntamos— a menos que El sea Dios? ¿Cuál será la naturaleza del Hijo, cuando la Madre ha sido elevada tanto mediante la gracia? Esta es la razón de que ella posea además otros privilegios distintos de la maternidad, como los dones de pureza y el poder de intercesión. Ha sido personal y espiritualmente enriquecida para desempeñar bien su misión. Ha sido exaltada para servir mejor a Cristo.

Por esta razón ha sido hecha más gloriosa aún en su persona que en su oficio. Podría decirse que su pureza es un don mayor que su relación con Dios. Lo sugiere la respuesta de Jesús a la mujer que exclama: «bendito el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron» (cfr Luc XI,27). El Señor contesta refiriéndose a una bendición todavía mayor: «benditos más bien —dice— los que oyen la Palabra de Dios y la ponen por obra».

Sabéis que los protestantes interpretan estas palabras en perjuicio de la grandeza de nuestra Señora. Pero en realidad indican justamente lo contrario. El Señor estableció el principio de que es más

perfecto cumplir sus mandamientos que ser Su Madre. Ahora bien, ¿qué protestante negará que la Virgen cumplió los mandamientos divinos? Sin duda los cumplió heroicamente y el Señor quiere significar que esta obediencia de María suponía en ella una gracia mayor que el hecho de ser Su Madre.

La santidad y el mérito de la Virgen

La Virgen fue, por así decirlo, más bendita en su desprendimiento de las criaturas, su devoción a Dios, su pureza virginal y su plenitud de gracia que en su maternidad. Esta es la enseñanza constante de los Santos Padres. «Más bienaventurada fue María —dice san Agustín— por recibir la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo», y san Juan Crisóstomo declara que no habría sido bendecida a pesar de llevar a Jesús en su cuerpo si no hubiera escuchado y guardado la Palabra de Dios.

Se trata desde luego de un supuesto imposible, porque María fue santificada para ser Madre de Cristo y ambas gracias no son separables. La que había sido elegida para dar su carne y su sangre al Verbo eterno fue primero llena de gracia en el alma y en el cuerpo. Recibió como una doble bendición: su oficio maternal y la preparación para desempeñarlo. Por este motivo el ángel la llama bienaventurada. «Llena de gracia» —dice—, «bendita entre las mujeres». E Isabel lo repite cuando exclama: «Bendita tú que has creído» (cfr Luc I,28,45).

Ella misma manifiesta un testimonio similar cuando el ángel le anuncia el gran favor divino que va a recibir. Aunque toda mujer judía de cualquier época albergaba la esperanza de ser la Madre del Cristo —y el matrimonio por tanto era tenido en gran estima a la vez que se despreciaba el celibato—, solamente María había renunciado al pensamiento de tan alta dignidad. Solamente Ella, que había de concebir a Cristo, lo dejaba fuera de sus perspectivas. El Señor se inclinó ante Ella y Ella parecía alejarlo de sí. ¿Por qué? Porque había sido inspirada, la primera entre las mujeres, a dedicar su virginidad a Dios y se admiró inicialmente ante un privilegio que implicaba la renuncia a sus promesas. ¿Cómo puede ser esto, pregunta, si no pienso conocer varón? Sólo cuando el ángel explica que la concepción será milagrosa y obra del Espíritu Santo, inclina María su cabeza en sobrecogimiento y acción de gracias por la condescendencia divina.

María es, por tanto, en la pureza de su alma y de su cuerpo, un arquetipo y más aún de lo que era el hombre antes de la caída y de lo que habría llegado a ser si hubiera alcanzado la plenitud de su perfección. Habría sido triste, habría significado una gran victoria

del maligno, que la entera raza humana hubiera desaparecido sin exhibir un solo ejemplo de lo que Dios había querido que fuera en su estado original.

Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios. Su frágil e imperfecta naturaleza, marcada con un sello divino, estaba sostenida y elevada por una gracia de inhabitación. No se encontraba sujeto a pasiones violentas, excepto como elementos latentes y posibles. Gracias a la clara luz del Espíritu no padecía ignorancia y la razón, soberana de todo movimiento del alma, se sujetaba armónicamente a la voluntad de Dios. Incluso su cuerpo fue preservado de apetitos y afecciones rebeldes, luego de recibir una promesa de inmortalidad.

Vivía en un estado sobrenatural y si no hubiera pecado habría crecido en mérito y en favor de Dios año tras año hasta su tránsito del paraíso a la gloria del cielo. Pero cayó y sus descendientes nacieron también en una situación caída y el mundo se hizo peor en vez de mejorar y un castigo siempre creciente aniquiló en vano a generaciones de pecadores, porque la regeneración era imposible «dado que el hombre era carne» y «los pensamientos de su corazón se inclinaban al mal en todo tiempo» (cfr Eccli XXIII,23).

La nueva Eva

A pesar de todo, el cielo había determinado un remedio y estaba preparado un Redentor. Dios iba a realizar una gran obra y decidió hacerla del modo más apropiado. Consiguientemente, «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (cfr Rom V,20).

Los reyes de la tierra, cuando les nacen hijos, distribuyen regalos con esplendidez y erigen un monumento como recuerdo. Honran el día, o el lugar, o a los heraldos de la buena noticia con algún favor destacado. La venida del Emmanuel nada innovó en esta costumbre terrena. Fue un tiempo de gracia y prodigios, que se manifestaron especialmente en la persona de la Madre. Se iba a modificar el curso de las edades y a romper la tradición del mal. Se iba a abrir un portal de luz entre las tinieblas para la venida del Justo: una Virgen lo concebiría y traería al mundo.

Era conveniente al honor y gloria del Hijo que el bendito instrumento de Su presencia corporal fuese primero un milagro de la gracia. Era conveniente que Ella triunfase donde Eva había fracasado y aplastara la cabeza de la serpiente con la pureza de su santidad.

En algunos aspectos, la maldición no fue revocada. María vivió en un mundo caído y se sometió a sus leyes. Al igual que su Hijo se sujetó al sufrimiento moral y físico, aunque también como El no conoció el pecado. Así como la gracia fue infundida en Adán desde

el primer momento de su creación, de modo que nunca experimentó su pobreza natural hasta que el pecado le redujo a ella, también María recibió desde el principio la gracia en amplia medida y no incurrió de hecho en la privación de Adán.

En conocimiento y amor Ella comenzó donde otros terminan. Ya inicialmente fue revestida de santidad, sellada en la perseverancia, gloriosa a los ojos de Dios y desbordante de actos meritorios que continuaron hasta que exhaló su último aliento. Suyo fue por antonomasia «el camino del justo, que como luz brillante avanza y crece en medio del día perfecto» (cfr Prov IV,18), de modo que la ausencia de pecado en pensamiento, palabra y obra, en cosas pequeñas y grandes, en asuntos leves y serios, es la consecuencia natural y obvia de semejante comienzo. Si Adán podría haberse conservado libre de faltas en su estado primero, mucho más podemos suponer en María una perfección inmaculada.

Este privilegio de perfección intachable se concede a la Virgen, igual que su maternidad, con vistas al Emmanuel. Por eso respondió al saludo *Gratia plena* con el humilde reconocimiento *Ecce ancilla Domini* (cfr Luc I,38), «he aquí la esclava del Señor».

La intercesión de María

Similar a éste es su tercer privilegio, derivado de su maternidad y de su pureza. Me refiero a su poder intercesorio. Si «Dios no escucha a los pecadores, pero si uno le rinde culto y cumple su Voluntad, a ese le oye» (cfr Ioan IX,31); si «la continua oración del justo es poderosa» (cfr Sant V,16); si el fiel Abraham fue invitado a orar en favor de Abimelech, «por ser un profeta» (cfr Gen XX); si el paciente Job debía «rezar por sus amigos», dado que «había hablado rectamente ante Dios» (cfr Job XLII,8); si el manso Moisés, al elevar sus manos, decidió la batalla en favor de Israel contra Amalec: ¿por qué nos extraña oír que María, la única criatura pura del género humano, ejerce una influencia decisiva con el Dios de la gracia?

Si los gentiles en Jerusalén se acercaron a Felipe, porque era un apóstol, cuando quisieron acceder a Jesús y Felipe se dirigió a Andrés como más cercano todavía a la confianza de nuestro Señor, y ambos se llegaron a El, ¿es extraño que la Madre tenga con el Hijo un poder esencialmente diferente al del ángel más excelso y el santo más glorificado? Si tenemos fe para admitir la Encarnación, hemos de admitirla en su plenitud. ¿Por qué hemos de detenernos entonces ante las amables disposiciones divinas que se derivan de ella o que le son concomitantes? Si el Creador viene a la tierra en la forma de un siervo y de una criatura, ¿por qué no puede llegar su Madre a

ser reina del cielo, a vestirse con el sol y a tener la luna bajo sus pies?

No trato de demostrar estas doctrinas. Su evidencia radica en la enseñanza de la Iglesia, que es portavoz de la verdad religiosa y anuncia en todo tiempo y lugar lo que los apóstoles la confiaron. Hemos de aceptar su palabra sin pedir pruebas, porque nos ha sido enviada por Dios para que sepamos cómo agradecerle. El hecho de que le sirvamos es la mejor prueba de nuestra condición de católicos. No estoy demostrando, por tanto, una doctrina que aceptáis. Pero intento mostraros la belleza y armonía que se manifiestan en esta enseñanza de la Iglesia, cualidades aquellas tan bien trabadas, que recomiendan la doctrina al que la busca y la hacen amable a quienes ya la confiesan.

He expuesto el profundo significado de las verdades de la Iglesia predica de la Virgen y antes de poner fin a mis palabras deseo referirme al hondo sentido de la dispensación que de estas verdades hace la Iglesia.

El ministerio de María junto a Cristo

Observad que en este aspecto, al igual que en el anuncio de los privilegios de María, se contiene la misma cuidadosa referencia a la gloria de Aquél que se los concedió. Cuando el Señor comenzó a predicar, María se mantuvo en un segundo plano y después de la Ascensión Ella no asumió actividad pública alguna de predicación o de enseñanza, no tuvo oficio apostólico ni ejerció ministerio de sacerdote. Buscó humildemente a su Hijo en la Misa diaria de aquellos que, siendo menores que ella en los cielos, eran sus superiores en la Iglesia sobre la tierra.

Tampoco cuando todos habían dejado la escena de este mundo y Ella se sentaba como reina a la derecha de su Hijo, pidió María que su nombre fuera proclamado en los confines de la tierra o que su figura se manifestara a los ojos del mundo, sino que permaneció como en espera del tiempo en que su gloria fuera necesaria para el Hijo.

El Señor en verdad fue anunciado por la Santa Iglesia desde el primer momento y entronizado en su templo, porque era Dios. Mal habría permitido que el oráculo vivo de la Verdad hubiera ocultado a los fieles el objeto mismo de su adoración. Pero con María era diferente. Correspondía a Ella, como criatura, madre y mujer, hacer sitio al Creador, servir a su Hijo y abrirse paso hacia el homenaje del mundo mediante una suave y amable persuasión.

Por eso cuando el Nombre del Hijo se vio ofendido, desempeñó María su tarea de servicio. Cuando el Emmanuel fue ignorado, la

Madre de Dios acudió, por así decirlo, en su defensa. Cuando los herejes afirmaron que Dios no se había encarnado, llegó el tiempo de exaltar a la Madre y Ella salió victoriosa de este combate que no combatió sólo para sí misma.

Ninguna violenta controversia, ningún confesor perseguido, ningún anatema, señalan la historia de la manifestación de María. Igual que creció en santidad y mérito, día a día, en Nazaret, mientras el mundo nada sabía de Ella, también así se ha elevado silenciosamente y ha alcanzado, mediante una influencia tranquila y un proceso natural, el lugar que ocupa en la Iglesia.

La Virgen ha sido como un árbol hermoso que extiende sus fecundas ramas y sus hojas fragantes para cubrir el territorio de los santos. Lo dice de Ella la Antífona: «que tu casa está en Jacob, y tu herencia en Israel, de modo que echas raíces en mi elegido» (cfr Eccles XXIV,8), y el texto continúa: «en Sión me he establecido, en la ciudad santa se me ha hecho reposar, y en Jerusalén se halla mi poder. He arraigado en un pueblo glorioso, en la porción de Dios, en su heredad. Como cedro me he elevado en el Líbano, y como ciprés en el monte Hermón. Cual terebinto he alargado mis ramas, y mis ramas son de gloria y de gracia» (cfr Eccles XXIV,10-13,16).

Así creció su figura sin obra de afanes terrenos y logró una sencilla victoria y ejerce un gentil influjo que nunca buscó para sí. Si alguna vez surgieron entre sus hijos discusiones acerca de Ella, las silenció. Si se alzaron objeciones contra sus privilegios, dejó de insistir sobre ellos y esperó. Y ahora conseguirá finalmente, si es voluntad de Dios, su más brillante corona y con el júbilo de toda la Iglesia y ninguna voz disonante, será bendecida como Inmaculada en su Concepción.

Por eso eres, Santa Madre, en el Credo y en el culto de la Iglesia, la defensa de numerosas verdades, así como la gracia y la luz sonriente de toda devoción. En ti se cumple, oh María, un antiguo propósito del Altísimo. El había previsto venir a la tierra en su gloria divina, pero los hombres pecamos y no pudo ya visitarnos, excepto con un esplendor velado y una majestad atenuada, porque era Dios. Vino, por lo tanto, en debilidad, no en poder y te envió a ti, una criatura, en lugar suyo, con el atractivo de una criatura y el brillo que tolera nuestra condición. Y ahora tu rostro y tu figura, querida Madre, nos hablan del Eterno, no como una belleza terrena, peligrosa de contemplar, sino como la Estrella de la mañana, que es tu emblema, clara y musical, respirando pureza e infundiendo paz. ¡Oh, mensajera del día y esperanza de los peregrinos, condúcenos en la noche oscura, por el desnudo desierto, hacia nuestro Señor Jesús y guíanos a la patria!

*María, mater gratiae,
Dulcis parens clementiae,
Tu nos ab hoste protege
Et mortis hora suscipe.*

II. La conveniencia de los privilegios de María

Recordáis las palabras de nuestro Señor cuando el día de su Resurrección fue a encontrarse con los dos discípulos que iban a Emmaus y los halló tristes y perplejos a causa de Su muerte. Jesús les dijo: «¿Acaso no debía Cristo padecer estas cosas y entrar así en Su gloria?» (cfr Luc XXIV,26). Apeló a la congruencia que existía entre aquellos sorprendentes sucesos y las demás verdades que habían sido reveladas sobre el designio divino de salvar al mundo.

También lo comenta san Pablo cuando dice: «fue conveniente que Aquel para quien son todas las cosas... y que ha llevado muchos hijos a la gloria, llenara de plenitud mediante el sufrimiento al autor de la salvación» (cfr Hebr II,10). En otro lugar, donde habla de profecía y de lo que se encuentra latente en la verdad divina, invita a sus hermanos a ejercitar los dones recibidos «según la analogía o regla de la fe» (cfr Phil III,16), es decir, de modo que la doctrina predicada corresponda y se adecue a lo que ha sido ya recibido.

Una gran señal de verdad, en el caso de la enseñanza revelada, es el hecho de su coherencia, de formar un todo en el que las distintas piezas encajan; es el hecho de que una afirmación surge de la otra y de que cada una de las partes supone las demás y es exigida por ellas.

La conveniencia de la Asunción

Este gran principio, que es ilustrado con variedad en la estructura e historia de la doctrina católica, viene especialmente a nuestra consideración en este tiempo, cuando celebramos la Asunción al cielo de nuestra Señora, la Madre de Dios. Es una verdad que recibimos en la creencia secular de la Iglesia. Pero considerada bajo la luz de la razón, se recomienda persuasivamente a nuestro ánimo, por la conveniencia de que la Virgen consumase de esa manera su vida terrena. Sentimos que *debía* ser así; que era propio de Dios —su Señor y su Hijo— actuar de ese modo con una criatura tan singular en sí misma y en su relación a El. Es algo que está simplemente en armonía con la esencia y las líneas fundamentales de la doctrina sobre la Encarnación, de modo que sin ella la enseñanza Católica exhibiría un cierto carácter de incompleta y podría decepcionar las expectativas de nuestra devoción.

Dirijamos hoy nuestros pensamientos a este tema y con el fin de ayudaros a hacerlo voy a exponer en primer lugar lo que la Iglesia ha enseñado y definido acerca de Santa María desde los primeros siglos. Apreciaráis cómo la devoción y alabanzas que a la Virgen tributan sus hijos derivan naturalmente de aquella enseñanza.

Se ha confesado y definido desde una época muy temprana que María es Madre de Dios. No es únicamente Madre de la Humanidad de nuestro Señor o del cuerpo de Jesucristo, sino que debe ser tenida por Madre del mismo Verbo divino, de la Palabra encarnada.

Dios, en la Persona del Verbo, se humilló para ser Hijo de María. *Non horruisti Virginis uterum*, canta la Iglesia. El tomó Su carne de Ella y la retuvo siempre consigo como un testimonio vivo de que El, aunque era Dios, era también de María. Fue criado por Ella. La Virgen lo tuvo en sus brazos y, cuando pasó el tiempo, Jesús la obedeció y la sirvió. Vivió con Ella treinta años bajo el mismo techo, acompañados solamente por san José. María siguió día a día el crecimiento de su Hijo, sus alegrías y dolores. Disfrutó por largo tiempo su sonrisa, así como el contacto de su mano, el susurro de su afecto y la expresión de sus pensamientos y sentimientos. Decidme ahora, hermanos míos, si no era oportuno que María recibiera los favores que recibió.

Esta pregunta se planteó una vez por un rey pagano, a quien un súbdito había salvado la vida. ¿Qué había de darle el monarca a cambio de una acción tan señalada? El rey recibió la siguiente respuesta: «El hombre a quien se quería honrar debía ser vestido con las vestiduras reales, montado en el caballo del rey, adornado con la diadema real y conducido luego por los grandes del reino por las calles de la ciudad principal». Es el caso de María. Ella ha dado a luz al Creador. ¿Qué recompensa debe recibir? ¿Qué honra será la adecuada para una criatura a quien el Todopoderoso se ha dignado hacer no ya su sierva sino su superior, la fuente de su segundo ser, la responsable de su infancia y la maestra de sus primeros años? Respondo como se respondió al rey: nada es demasiado para aquella a quien Dios debe su vida humana.

Gratia plena

Toda exuberancia de gracia, todo exceso de gloria, resultan adecuados donde Dios se ha dignado alojarse y en el lugar donde Dios ha nacido. Parece oportuno que la plenitud de gracia envuelva a María y haga de Ella una figura de incommunicables santidad y belleza, de tal modo que sea el Espejo de Justicia, la Rosa mística, la Torre de marfil, la Casa de oro y la Estrella de la mañana. Parece

oportuno que adorne su cabeza la diadema que conviene a la Reina del Cielo, la Salud de los enfermos, el Refugio de los pecadores y la Consoladora de los afligidos, y que los ángeles, profetas, apóstoles y mártires besen la orla de su vestido y se alegren bajo la sombra de su trono.

Hemos de estar preparados, hermanos míos, para creer que la Madre de Dios es llena de gracia y de gloria por la misma coherencia de la economía divina, aunque nadie nos lo hubiera enseñado. Esta conveniencia se verá aún más clara si contemplamos el tema de cerca. Considerad que ha sido normal en el actuar divino con nosotros unir la santidad personal a una elevada dignidad espiritual de situación o de ministerio.

Los ángeles, que son mensajeros de Dios, son perfectos en su santidad. Sin santidad nadie puede ver a Dios y nada impuro entra en el cielo, de modo que cuanto más cercanos al trono divino se hallan los ángeles más santos deben ser y más absortos en la contemplación de la Santidad a la que sirven. Lo mismo sucede en la tierra. Los profetas poseen ordinariamente no sólo dones singulares, sino también gracias. No sólo se sienten inspirados para conocer y enseñar la voluntad de Dios, sino interiormente convertidos para obedecerle. Pues en realidad sólo aquellos que sienten la verdad de modo personal y la han hecho realmente suya son capaces de predicarla adecuadamente.

No niego que existan excepciones a esta regla, pero las que hay pueden explicarse con facilidad. No niego que alguna vez el Altísimo haya decidido transmitir los deseos de su Voluntad a través de hombres pecadores, pues todas las cosas pueden ser utilizadas para servirle.

La santidad de los instrumentos de Dios

El Señor realiza sus propósitos por medio de todos los hombres, también por medio de los malos y es incluso glorificado con ocasión de ellos. La muerte del Señor fue ocasionada por sus enemigos, que cumplían la Voluntad divina mientras pensaban que satisfacían la suya propia. Caifás, que preparó el final terreno de Jesús, fue instrumento de Dios para profetizarlo. Esto es verdad. Pero en tales casos la misericordia divina supera y domina claramente el mal y manifiesta su poder sin reconocer o sancionar el instrumento que emplea.

También es verdad que en el último día «muchos dirán: Señor, Señor, ¿acaso no hemos profetizado en Tu nombre, y en Tu nombre expulsado demonios, y realizado numerosos milagros», y que El responderá: «no os conozco» (cfr Mat VII,22). Esto es innegable, es

decir, es innegable en primer lugar que aquellos que han profetizado en nombre de Dios pueden *después* alejarse de El y perder sus almas. Por muy santo que un hombre sea ahora, puede caer más tarde y así como la gracia presente no es una garantía absoluta de perseverancia, mucho menos lo son los carismas o dones presentes. Pero esto no demuestra que normalmente dones y gracias no vayan juntos.

Es indudable asimismo que quienes han poseído dones milagrosos pueden no haber estado nunca en gracia de Dios, ni siquiera cuando los ejercitaban, como explicaré más adelante. Pero no me refiero ahora a tener dones, sino a ejercitar la profecía. Ser profeta es algo mucho más personal que poseer carismas. Es un oficio sagrado que implica una misión. Es una distinción señalada que se concede no a los enemigos de Dios sino a sus amigos.

Este es el criterio de la Sagrada Escritura. ¿Quién fue el primer profeta y predicador de la Justicia? Enoch, que caminó en fe y *agradó al Señor* y fue separado de un mundo rebelde. ¿Quién fue el segundo? Noé, que «juzgó al mundo y fue hecho heredero de la justicia que procede de la fe» (cfr Hebr XI,7). ¿Quién es el gran profeta siguiente? Moisés, el legislador del pueblo elegido, que fue «el más manso de todos los hombres que han habitado sobre la tierra» (cfr Num XII,3). Viene después Samuel, que sirvió al Señor en el templo desde su infancia, y luego David, que aunque cayó en pecado se arrepintió y fue un hombre según el corazón de Dios.

De igual manera, Job, Elías, Isaías, Jeremías, Daniel, y sobre todos ellos Juan el Bautista, con Pedro, Pablo, Juan y el resto de los discípulos, son ejemplos vivos de virtud heroica y modelos para sus hermanos. Judas constituyó la excepción, pero fue como para adornar por particular permisión divina, la humillación y el sufrimiento de Cristo.

La naturaleza misma testimonia esta conexión entre santidad y verdad. Anticipa que la fuente de la doctrina pura debe ser pura ella misma, que la sede de la enseñanza divina debe ser morada de almas limpias, y que la casa consagrada donde la Palabra de Dios se elabora y de donde sale para la salvación de muchos, ha de ser santa como santa es la Palabra misma.

Aquí radica la diferencia entre el oficio de un profeta y un simple don como el de hacer milagros. Los milagros son una acción directa de Dios y quien los obra es un instrumento. No es por tanto imprescindible que sea santo, pues no participa, estrictamente hablando, en la acción milagrosa. Igual sucede con el poder de administrar sacramentos, que no exige necesariamente santidad personal.

El oficio de entregar la palabra

Pero no ocurre lo mismo con el oficio profético, porque la verdad llega primero a la mente del profeta y es captada y asimilada allí, de modo que sale de él como de su fuente y su causa. La Palabra divina se engendra en el que debe anunciarla y presenta los rasgos de quien la declara. El profeta no es, por tanto, como el animal mudo con voz humana sobre el que montaba Balaam, es decir, un mero instrumento inerte de la Palabra de Dios, sino un hombre que «ha recibido una unción del Santo» y que mientras entrega su mensaje contribuye poderosamente a su realización. «Hemos conocido y creído —dice san Juan— la caridad que Dios nos ha dispensado» (cfr I Ioan IV,16).

Así ha sido durante la historia de la Iglesia. Moisés no escribe como David, ni Isaías como Jeremías, ni san Juan como san Pablo. Lo mismo puede afirmarse de los grandes doctores de la Iglesia, como san Atanasio, san Agustín, san Ambrosio, san León o santo Tomás de Aquino. Cada uno tiene su propio estilo y habla sus propias palabras, aunque hable al mismo tiempo las palabras de Dios. Hablan por sí mismos, hablan desde el corazón, desde la propia experiencia, con sus propios argumentos, deducciones y modos de expresión.

¿Imagináis en ellos sentimientos impuros? ¿Cómo podrían tenerlos sin mancillar y anular por tanto la Palabra de Dios? Si una gota corrompida poluciona el agua más pura y el más ligero amargor altera los alimentos más delicados, ¿cómo puede la Palabra divina proceder fructíferamente de labios impuros y corazones mundanos? El fruto es como el árbol. «Tened cuidado con los falsos profetas», dice el Señor, y añade: «por sus frutos los conoceréis. No se recogen uvas de los espinos ni higos de los abrojos» (cfr Mat VII,16).

¿No es así, hermanos míos? ¿Quién de vosotros solicitaría un consejo de otro que aun siendo sabio y maduro en edad fuera sin embargo un hombre corrompido? Es más, aunque sabéis que un mal sacerdote puede absolveros tanto como un sacerdote santo, procuráis acercaros al segundo y no al primero, sobre todo cuando se trata de obtener consejo. «De la abundancia del corazón habla la boca; un hombre bueno saca cosas buenas del tesoro de su corazón, y un hombre malo extrae cosas malas» (cfr Mat XII,34).

Esto que sucede con el alma, sucede también con el cuerpo. Si lo que se origina de la santidad es santo en el caso del nacimiento espiritual, lo es asimismo en lo físico. El hijo es como el padre. María no fue un mero instrumento de la dispensación divina. El Verbo divino no se limitó a entrar en Ella y a salir de Ella. No pasó simplemente a través de la Virgen, como pasa a través de nosotros en la

Sagrada Comunión. El Verbo no asumió un cuerpo celestial preparado por ángeles y traído luego a este mundo. Tomó por el contrario de la Virgen la sangre y la sustancia de hombre. Se hizo hombre a partir de Ella. Llevó el perfil y los rasgos físicos de su Madre, así como numerosos aspectos del carácter en el que se manifestaba al mundo. Se reconocería sin duda por el parecido a la Madre que Jesús era su Hijo.

Regina prophetarum

Por eso la Virgen puede ser considerada primera entre los profetas, porque de Ella salió físicamente la Palabra. María es el molde único de la Divina Sabiduría, en el que ésta se virtió y quedó recogida de manera indeleble.

Era lógico, adecuado y congruente que todo lo que el Omnipotente pudiera obrar en un ser finito lo hiciera en María. Si los profetas deben ser santos, ¿qué diremos de aquélla a quien vino físicamente la Palabra de Dios y no ya su sombra o su voz? ¿Qué diremos de María, que no fue un mero cauce del anuncio de Dios, sino el origen de Su existencia humana, la fuente viva de donde tomó su sangre divina y la materia de su carne santa? ¿No era conveniente que el Padre eterno la preparase para este ministerio único mediante una santificación preeminente? ¿No actúan así con sus hijos los padres de la tierra? ¿Los entregan fácilmente a extraños para que los críen y eduquen? Si padres descuidados manifiestan en este tema una cierta ternura y solicitud ¿no hará lo mismo Dios cuando entrega su Hijo al cuidado de una criatura?

Era de esperar que si el Hijo era Dios, la Madre fuera digna de El, en la medida al menos que una criatura puede ser digna del Creador. Era de esperar que la gracia realizara en Ella una obra perfecta y que si había de llevar en sus entrañas a la Eterna Sabiduría, fuera Ella misma la sabiduría creada en la que vive toda la gracia del Camino y de la Verdad. ¿Podemos trazar límites a la santidad de la Madre del Dios Santísimo?

Esta es la verdad latente desde siempre en el corazón de la Iglesia, ratificada por el instinto espiritual de sus hijos: que ningún límite —excepto los propios de una criatura— puede asignarse a la santidad de María.

Las virtudes de María

¿Creyó Abraham que en su vejez le nacería un hijo? Pues la fe de María fue mayor cuando aceptó el mensaje de Gabriel. ¿Consagró Judith su viudez a Dios ante la sorpresa de su pueblo? Pues mucho

más hizo María desde su primera juventud, cuando dedicó al Señor su virginidad. ¿Habitó Samuel el templo de Dios, separado del mundo desde niño? También María fue llevada por sus padres al recinto sagrado, a la edad en que los niños comienzan a elegir entre el bien y el mal. ¿No fue Salomón llamado «amado de Dios» en su nacimiento? Mucho más querida al Señor será entonces, desde el primer momento de su existencia, la mujer destinada a ser Madre de Dios.

Más aún: si san Juan Bautista fue santificado por el Espíritu Santo antes de nacer, María no puede estar solamente en el mismo plano. ¿Acaso no es lógico que sus privilegios superen a los de Juan? No es extraño que si la gracia se anticipó tres meses al nacimiento del Bautista, apareciera, con María, en el primer momento de su ser, borrara toda imputación de pecado y llegara antes que la actuación del maligno.

María debe sobrepasar a todos los santos. El mismo hecho de que los santos hayan recibido determinadas prerrogativas nos dice que las de Ella han sido las mismas y aún mayores. Su Concepción fue inmaculada a fin de que superara a los santos tanto en el instante como en la plenitud de su santificación.

Pero aunque la gracia concedida a la Virgen ha sido tan maravillosamente abundante, no supongáis que excluyó su cooperación. Ella, igual que nosotros, experimentó sus pruebas. Igual que nosotros aumentó en gracia y mereció el aumento. He aquí otro pensamiento que conduce a la conclusión que deseo presentaros.

Libertad de la Virgen en su cooperación

La Virgen no fue una obra inanimada del Creador, hecha hermosa por la misma ley de su ser. Su total perfección fue un resultado, no un comienzo. Tuvo una primera gracia y una segunda gracia y ganó la segunda por el buen uso de la primera. Fue siempre y absolutamente un agente moral, igual que los demás seres libres. Avanzó, como todos los santos, de virtud en virtud, subió de altura en altura, de modo que a sus cinco años de edad había merecido lo que no había merecido en su nacimiento y a los trece lo que no había merecido a los cinco.

¿De qué fue estimada digna a los trece años? ¿Qué pareció bien a Dios conferir a aquella adolescente, a una edad en la que la mayoría de los niños no han comenzado siquiera a pensar en Dios o en sí mismos, o a usar un poco de la gracia recibida; a una edad en la que muchos futuros santos viven aún en la pesada somnolencia del pecado? Convino a la santidad con que su alma había sido ya embe-

llecida por aquel tiempo, que fuera elevada nada menos que a la dignidad de Madre de Dios.

Sin duda no hay proporción entre la naturaleza humana y los dones divinos. Dios permite que merezcamos lo que no podemos pretender, excepto por un acto de su misericordia. Nos promete el cielo en base a nuestras buenas obras en la tierra y en virtud de la dispensación de esta promesa decimos con razón que lo merecemos, aunque el cielo es un bien infinito y nosotros somos seres finitos.

Cuando afirmo que María mereció ser la Madre de Dios, me refiero a lo que parecía natural y lógico que Dios, por ser Dios, concediera a la perfección única que María había obtenido mediante la gracia. No digo que Ella pudiera pretender la gracia que recibía. Pero una vez formulada esta precisión, considerad lo heroica y lo magnífica que hubo de ser la santidad cuya divina recompensa fue la prerrogativa de ser Madre de Dios. Enoch fue arrebatado de entre los malvados y, en consecuencia, decimos: he aquí un hombre justo que era demasiado bueno para el mundo. Noé fue salvado y salvó a otros del diluvio y afirmamos que lo consiguió por su virtud. ¡Qué grande que la fe de Abraham, que le ganó la confianza y el título de amigo de Dios! ¡Qué intenso el amor de David, en atención al cual no fue arrebatado el reino a su hijo cuando éste cayó en la idolatría! ¡Qué excelente la inocencia de Daniel, que le valió la revelación de su perseverancia final! ¡Cómo serían entonces la fe, el celo, el amor y la inocencia de María, cuando la prepararon en un breve período de tiempo para ser la Madre de Dios!

Las glorias de nuestra Señora no descansan sólo en su maternidad. Esta prerrogativa es más bien la coronación de aquéllas: de no haber sido «llena de gracia», como el ángel le saluda, de no haber sido predestinada como reina de los santos, de no haber merecido más que todos los hombres y ángeles juntos, no habría sido exaltada a dignidad tan incomparable. La fiesta de la Anunciación, cuando María acepta su llamada, y la fiesta de Navidad, cuando nace Cristo, son el centro, no el límite, de sus glorias. Son el cenit de su día, la medida de su comienzo y de su plenitud. Atraen nuestros pensamientos a la fiesta de su Concepción Inmaculada y los llevan después a la fiesta de la Asunción. Nos sugiere lo pura que fue su primera elevación y nos anticipan lo trascendente que iban a ser las glorias de su final celeste.

La glorificación anticipada de María

No voy a fatigaros con más argumentos en una fiesta que debe ser ocasión para ofrecer a Santa María el homenaje de nuestro amor

y de nuestra alegría, en vez de nuestros razonamientos. Permitidme sin embargo, acabar como he comenzado y consideraré su brillante Asunción igual que he hablado de su inmaculada pureza, es decir, como punto de doctrina más que asunto de devoción.

Convenía indudablemente que aquélla que había vivido una vida de santidad como la suya, fuera llevada al cielo en vez de yacer en el sepulcro hasta la segunda venida de Cristo. Todas las obras de Dios son hechas en admirable armonía y el final de cada una se halla como anticipado en el principio. Esta es una dificultad que los hombres terrenos encuentran para aceptar los milagros. Piensan que éstos alteran el orden y la coherencia del mundo visible creado por Dios y no saben que los milagros sirven a un orden superior de cosas e introducen en el universo una perfección sobrenatural.

Pero en todo caso, cuando se realiza un milagro, cabe esperar que otros seguirán para completar lo comenzado. Los milagros se obran con vistas a un gran fin y si el curso de los acontecimientos volviera a un nivel natural antes de consumarse, no podríamos evitar una decepción. Esto es aplicable a la historia de nuestra Señora. Siendo su vida la que fue, hubiera sido más sorprendente una muerte como los demás hombres que un tránsito correlativo a la singularidad de su vida.

¿Es concebible que Dios pagara la deuda que quiso contraer con su Madre al tomar de ella su cuerpo humano, permitiendo que la sangre y la carne que lo formaron se corrompieran en el sepulcro? ¿Actúan así los hijos de los hombres con sus madres? ¿No las sostienen, más bien, en su debilidad y mantienen en vida mientras son capaces de hacerlo? ¿O quién puede imaginar que el cuerpo virginal que nunca pecó iba a padecer la muerte de un pecador? ¿Por qué había de compartir la Virgen la maldición de Adán si no compartió su caída? «Eres polvo y en polvo te has de convertir» (cfr Gen III, 19). Esta fue la sentencia pronunciada sobre el pecado, pero Ella, que no era pecadora, lógicamente no hubo de conocer la corrupción. Murió, hermanos míos, porque también murió nuestro Salvador. Murió y sufrió porque vivía en este mundo y estaba sujeta a un estado de cosas donde el sufrimiento y la muerte son regla general. María vivió bajo el dominio externo de ambos, e igual que obedeció al César cuando viajó hasta Belén para empadronarse, así también cedió, cuando Dios quiso, a la tiranía de la muerte.

El tránsito de la Virgen

Pero aunque murió igual que todos, no murió como los demás hombres, pues en virtud de los méritos y la gracia de su Hijo, que en Ella se habían anticipado al pecado y la habían llenado de luz y pureza, fue librada de todo lo que marchita y destruye la figura corporal. No había en Ella pecado original que mediante el desgaste de los sentidos, la erosión del cuerpo y la decrepitud causada por los años preparara la muerte. La Virgen murió, pero su muerte fue un simple hecho, no el efecto de un proceso, y una vez ocurrida, dejó de ser. Murió para vivir. Murió como una cuestión de forma o una ceremonia en orden a pagar lo que se llama el débito de la naturaleza: no por ella misma o a causa del pecado, sino para someterse a su condición, glorificar a Dios y hacer lo mismo que había hecho su Hijo. No murió, sin embargo, como su Hijo y Salvador, con sufrimiento físico en orden a un fin especial. No murió la muerte de un mártir, pues su martirio se realizó en vida. No murió como una víctima expiatoria, pues la criatura no podía desempeñar ese papel que sólo Uno podía cumplir por todos. Murió para terminar su curso mortal y recibir su corona.

Por eso murió privadamente. Convenía que Aquél que murió por el mundo lo hiciera a la vista del mundo. Pero ella, flor del Edén, que vivió siempre escondida, murió en la sombra del jardín, entre las flores donde había vivido. Su tránsito no causó ruido alguno. La Iglesia continuó con sus tareas cotidianas de predicar, convertir y sufrir. Había persecuciones, huídas de una ciudad a otra y mártires. Poco a poco se extendió el rumor de que la Madre del Señor no estaba ya en la tierra. Peregrinos comenzaron a moverse en busca de sus reliquias, pero nada encontraron. ¿Murió en Efeso o en Jerusalén? Las opiniones no coincidían, pero en cualquier caso su tumba no fue hallada y si se halló estaba abierta. Los que buscaban volvieron a casa sorprendidos y como en espera de más luces. Pronto comenzó a decirse que cuando el tránsito de María se aproximaba y su alma iba a dirigirse al encuentro de su Hijo, los apóstoles se reunieron en un determinado lugar, quizás en la Ciudad Santa, para asistir al gozoso acontecimiento y que poco después de enterrarla con los ritos adecuados repararon en que su cuerpo no estaba en la tumba, mientras ángeles cantaban día y noche con voces alegres las glorias de su Reina asunta al Cielo.

Pero aparte de nuestros sentimientos sobre los detalles de esta historia, no hemos de dudar que, de acuerdo con el sentir de todo el orbe católico y las revelaciones hechas a almas santas, María se encuentra en cuerpo y alma con su Hijo y Dios en el cielo y que

nosotros podemos celebrar, no sólo su tránsito, sino también su Asunción.

La devoción a la Madre de Dios

Ahora, hermanos míos, ¿qué habremos de hacer nosotros, si todo esto conviene a María? Si la Madre del Salvador debe ser la primera criatura en santidad y belleza, si desde el principio de su ser estuvo libre de todo pecado, si su final fue como su comienzo y si murió para ser exaltada al cielo, ¿qué es propio de sus hijos sino imitarla en su devoción, su mansedumbre, sencillez y modestia? Sus glorias no le han sido concedidas solamente con vistas a su Hijo, sino también por causa y a beneficio nuestro. Imitemos la fe de quien recibió el mensaje de Dios sin sombra de duda; la paciencia de quien soportó la sorpresa de José sin pronunciar una sola palabra; la obediencia de quien subió a Belén en el invierno y dio a luz al Señor en un establo; el espíritu de oración de quien meditaba en su corazón lo que veía y oía acerca de su Hijo; la fortaleza de quien tuvo el corazón atravesado por una espada de dolor; la entrega, en fin, de quien dio a su Hijo durante el ministerio público y aceptó abnegadamente Su muerte en la Cruz.

Sobre todo imitemos su pureza. ¡Qué gran necesidad tenéis, hombres y mujeres jóvenes, de la intercesión, ayuda y ejemplo de la Virgen María en este respecto! ¿Qué otra cosa podrá llevaros adelante sino el pensamiento y protección de Santa María? ¿Quién podrá sellar vuestros sentidos y tranquilizar vuestro corazón excepto María? Ella os confortará en vuestros desánimos, aliviará vuestras fatigas, os levantará en vuestras caídas y premiará vuestras victorias. Os mostrará a su Hijo, que es vuestro Dios, y vuestro todo. Cuando el espíritu se excite, se deprima o pierda el equilibrio; cuando se manifieste inquieto, aburrido de lo que posee o ávido de lo que no tiene; cuando el maligno exija vuestra atención y el cuerpo tiemble ante la presencia del tentador, ¿qué os hará volver a vosotros, volver a la paz y a la salud, sino el suave aliento de la Virgen Inmaculada?

Es orgullo de la religión católica poseer el don de mantener puro el corazón joven, y esto es porque nos entrega a Cristo como alimento y a María como Madre solícita. ¡Cumplid ese orgullo en vosotros! Demostrad al mundo que no seguís una doctrina falsa, vindicad la gloria de vuestra Madre María ante quienes no la veneran, mediante la sencillez de vuestra conducta y la santidad de vuestras palabras y acciones. Id a Ella para lograr un corazón inocente.

La Virgen es un hermoso don de Dios, más brillante que la fascinación de un mundo pervertido. Nadie que la buscó en sinceridad

se ha visto defraudado. Ella es el tipo personal y la imagen representativa de esa vida espiritual y renovación interior sin las cuales no se encuentra a Dios. «Mi espíritu es más dulce que la miel y mi heredad más sabrosa que el panal de miel. Los que me comen quedarán aún con hambre de mí, y los que me beben sentirán todavía sed. Los que me obedecen no se avergonzarán, y los que me tratan no pecarán» (cfr Eccli XXIV, 20-22).